

1

El 68 y el fin del consenso

En mayo de 1968, poco después de las manifestaciones juveniles que habían tenido lugar en París, el primer ministro francés, Georges Pompidou, advirtió que «nuestra civilización está siendo cuestionada. No el gobierno, no las instituciones, ni siquiera Francia, sino la sociedad moderna materialista y carente de alma».¹ Tal vez fuera algo exagerado, pero sin duda los muchachos que ocuparon la universidad y las calles parisinas también lo creían así: les parecía que nuestra civilización, la civilización occidental, estaba esencialmente mal. Por supuesto, no les gustaba el gobierno, ni la regulación de las universidades, ni ver coartada su libertad sexual, pero por encima de todo creían que el capitalismo de posguerra y la cultura burguesa habían acabado con la autonomía de los individuos y sus más íntimas necesidades de expresión. Las autoridades no comprendieron estas reivindicaciones —no debió de ayudar, sin duda, el lenguaje a veces incomprensible, a veces infantil, de los jóvenes—, y las tomaron por una revuelta comunista. En realidad, no era eso: es cierto que muchos manifestantes simpatizaban con el maoísmo y su Revolución Cultural, pero no pretendían dar un golpe de Estado. Quizá por primera vez en la historia, la revolución no estaba



destinada a expulsar violentamente a los poderosos y sustituirlos. Esos jóvenes —a diferencia de los obreros franceses también movilizados en esa época, cuyas reivindicaciones eran clásicamente sindicalistas— carecían de un programa, de unas propuestas legislativas, de un modelo de convivencia para el día después. Aunque de haberlo tenido, poco habría importado: en las elecciones convocadas a toda prisa por el presidente De Gaulle, celebradas la última semana de junio, su partido, la Union pour la Défense de la République, arrasó y la izquierda se desplomó. Es cierto, sin embargo, que aquellos jóvenes no estaban muy interesados, al menos entonces, en la política de partidos.

En Estados Unidos, tras años de revueltas estudiantiles galvanizadas por el movimiento contrario a la guerra de Vietnam



y por las luchas por los derechos civiles de los negros, un puñado de estudiantes blancos de clase media decidieron articular políticamente su movimiento, aunque fuera a modo de parodia. Hartos de la inacción hippy, en 1967 organizaron un partido, el Youth International Party —cuyos miembros eran conocidos como yippies— para luchar contra un sistema que les impedía satisfacer lo que consideraban aspiraciones legítimas de libertad. Pedían la creación de instituciones contraculturales —de cooperativas alimentarias a hospitales gratuitos— que fueran poco a poco socavando el sistema con lo que llamaron la Nueva Nación. «Queremos que todo el mundo controle su propia vida y cuide de los demás. [...] No podemos tolerar actitudes, instituciones y maquinarias cuyo fin es la destrucción

de la vida, la acumulación de beneficios.»² Entre las primeras medidas del partido estuvieron la creación de unos Juegos Olímpicos alternativos, afirmar que habían contaminado con LSD el agua potable de Chicago y la nominación de un cerdo llamado Pigasus the Inmortal como candidato a las elecciones presidenciales de 1968. Sin embargo, ese año, los hechos en crudo pesaron más que la nueva política teatral: fueron asesinados el líder negro Martin Luther King y el candidato presidencial Robert F. Kennedy, estallaron violentos disturbios raciales y la guerra de Vietnam se empantanó aún más. La canción del momento era «Hey Jude». Y el republicano Richard Nixon ganó las elecciones.

Tres años antes, en 1965, un barbudo que luego sería muy cercano a los yippies, Allen Ginsberg, fue nombrado Rey de Mayo en Praga. Los checoslovacos seguían viviendo bajo el comunismo, pero al menos tenían acceso a algunos pequeños placeres extravagantemente capitalistas como el rock, los vaqueros o el pelo largo y pudieron disfrutar durante unos días de Ginsberg, que durante su visita recitó en público oraciones budistas, tocó los platillos y logró que la policía checoslovaca le deportara del país. Las protestas estudiantiles se fueron sucediendo entre la tolerancia y la represión, y en 1968 el nuevo secretario general del Partido, Dubček, se vio obligado a presentarse al mismo tiempo como un reformista ante los checoslovacos —con medidas aperturistas conocidas como la Primavera de Praga— y como un hombre fuerte ante los rusos. Sin embargo, el 20 de agosto las tropas soviéticas y del resto del Pacto de Varsovia invadieron a su aliado por sus excesos occidentalizadores entre las protestas de jóvenes que se ponían a los pies de los tanques extranjeros para tratar de proteger las refor-

mas del «socialismo con rostro humano». Después de muertes y de negociaciones, la parte checoslovaca y la moscovita firmaron un documento que era de hecho una vuelta a lo peor de la dictadura, pese a que las manifestaciones en contra de la dominación soviética no se detuvieron. Al final, Dubček fue sustituido en su puesto por Husák, encargado de «normalizar» —es decir, endurecer— el comunismo checoslovaco: la economía se centralizó de nuevo, se acabó con una tímida libertad de prensa y la cultura juvenil volvió a ser contrarrevolucionaria. En su obra de teatro *Rock'n'Roll*, el dramaturgo británico de origen checoslovaco Tom Stoppard le hace decir a la joven Lenka que, con el tiempo, «Haz el amor y no la guerra» acabaría siendo un lema más importante que «Trabajadores del mundo, uníos». Checoslovaquia siguió ocupada por los soviéticos hasta 1990.

«El gozo de la rebeldía justa»: ése fue, afirma Carlos Monsiváis, el rasgo principal del 68 mexicano. Lo que había empezado como una bronca entre pandillas estudiantiles acabó, tras la brutal represión policial, en un alzamiento poco articulado pero que reivindicaba unánimemente mayores libertades ante el régimen del PRI, un partido político de ideología confusa que llevaba en el poder desde 1929 gracias, en parte, a los fraudes electorales. Dice Monsiváis: «A los preparatorianos [estudiantes de bachillerato] que enfrentan a la policía no los impulsan el Mayo francés, las lecturas de Herbert Marcuse, los razonamientos del Che Guevara sobre el Hombre Nuevo, las lecciones de los estudiantes de Norteamérica (el Free Speech Movement de Berkeley, con su batalla por el derecho a decir “Fuck You”), y las repercusiones de la doctrina marxista, aunque sí influye en ellos, pero no de modo doctrinario, el fastidio ante

la monumentalidad y la represión priístas. Estas contiendas vienen de la decisión simultánea del no dejarse, de la furia de las personas, de grupos, de pequeñas muchedumbres en aumento que, con audacia asombrosa, renuncian a uno de los rasgos constitutivos de la sociedad, la paciencia histórica ante la represión».³ El 2 de octubre, francotiradores del ejército dispararon contra los manifestantes reunidos en la plaza de las Tres Culturas y mataron a un número indeterminado de personas, alrededor de setenta probablemente. Diez días más tarde, se celebró en la misma Ciudad de México la inauguración de la llamada Olimpiada de la Paz. El PRI siguió en el poder hasta el año 2000.

1968 fue un año de revueltas. «Donde había comunismo —dice Mark Kurlansky— la gente se rebeló contra el comunismo; donde había capitalismo, se rebeló contra él.»⁴ Sin embargo, ninguna de estas revueltas triunfó. Su efecto político inmediato no fue irrelevante, pero todos los sistemas institucionales contra los que se levantó la juventud ese año siguieron en su sitio muchos años más. Eso fue posible, en buena medida, por la desorganización y la inconsistencia ideológica de los rebeldes; y también, no hay que olvidarlo, porque eran una minoría en sus sociedades. Pero, sobre todo, por la fortaleza de los regímenes.

El mundo en 1968 —y esto excluye a Checoslovaquia, que sin embargo no era un país pobre comparado con el resto del bloque soviético— era razonablemente próspero. Tras la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, la mayor parte de los países occidentales habían alcanzado un consenso político que tenía sus raíces en la socialdemocracia y la democracia cristiana en Europa, y en el New Deal en Estados Unidos: el Estado

tenía el derecho y la obligación de intervenir en la economía para compensar aquellos aspectos en los que el mercado pareciera ser ineficiente. Los creadores de ese consenso no eran políticos que hoy consideraríamos exactamente progresistas —pensemos en Roosevelt o Truman en Estados Unidos, en Attlee en Gran Bretaña o en De Gaulle en Francia—, sino hombres de instinto conservador y elitista que se habían horrorizado ante la inestabilidad social que habían provocado las guerras, y que se dieron cuenta de que el mejor modo de anular toda posibilidad de un retorno a ese infierno era reducir la desigualdad, el desempleo y la inflación al mismo tiempo que se mantenía un gran espacio para el mercado y las libertades públicas, aunque fuera bajo una estricta regulación estatal.

Ese consenso daría pie a lo que Eric Hobsbawm llamó los Años de Oro: una época de relativa paz y estabilidad en la que los estados del mundo occidental decidieron fortalecerse y proveer —cada uno en la medida de sus posibilidades y su cultura política— de sistemas de transporte público, subsidios al desempleo, viviendas de protección oficial, sanidad subvencionada, acceso a la cultura, límites de precios, protecciones laborales y mecanismos de ascenso social a todos los ciudadanos. Los resultados fueron asombrosos. La brecha entre ricos y pobres disminuyó en Gran Bretaña y Estados Unidos, en Francia el empleo se volvió seguro, Alemania se levantó de las dos derrotas de las guerras mundiales en muy poco tiempo y en Escandinavia y Canadá se forjaron sociedades igualitarias y libres.

¿Por qué los jóvenes sesentayochistas se hartaron de este sistema que tan bien parecía funcionar y que, sin duda, no tenía comparación posible en la historia en términos de justicia y bienestar? Occidente, naturalmente, distaba de ser perfecto. En

Estados Unidos, la segregación racial seguía siendo un hecho y el país estaba empantanado en una guerra mortífera, difícil de comprender e impopular en casi todos los rincones del mundo. Además de eso, los jóvenes se sentían aislados del capitalismo aparentemente idílico de los años cincuenta, de sus rigideces e hipocresías. En la Alemania Federal, muchos jóvenes sentían que los responsables de la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial no habían acabado de pagar el precio de sus atrocidades, y que la resolución del conflicto, con la partición del país bajo el mandato de potencias extranjeras, era una humillación que no cerraba las heridas; no pocos de ellos creían que esto sí había quedado resuelto en la comunista República Democrática de Alemania. Y en países como Francia, España o el Reino Unido seguía mandando la gerontocracia de la posguerra —De Gaulle, Franco y, hasta poco antes, Macmillan—, que había crecido en un mundo aún colonial, había sido incapaz de comprender los cambios culturales que se habían producido en sus países e, inevitablemente, veía el mundo en los términos de la guerra fría, que en esa época se hallaba en uno de sus peores momentos y que hasta entonces había dejado poco espacio para la imaginación ideológica.

Sin embargo, estas circunstancias políticas no fueron las únicas que dieron pie a los alzamientos del 68. De gran importancia fue la explosión demográfica de la posguerra. «Europa, como resultaba patente, estaba llena de jóvenes», afirma Tony Judt.⁵ A consecuencia de ello, en países como el Reino Unido, Italia o Francia, la edad de salida de la educación obligatoria se elevó. Los institutos y las universidades, tradicionalmente sólo accesibles para las élites o estudiantes especialmente dotados receptores de becas, tuvieron que abrirse a

jóvenes de todas las clases sociales, con lo que, como señala Judt, la brecha entre esos nuevos estudiantes y sus padres de origen rural u obrero se amplió enormemente. También estaba la eclosión de la cultura pop: aunque pareciera una frívola sucesión de grupos musicales ruidosos y ropa un poco ridícula, el pop estaba abriendo formas de expresión a una juventud que, más allá de estar airada políticamente, veía en la cultura de masas una posibilidad de liberarse de las rigideces de la tradición paternalista —no sólo de las familias, también del Estado—, porque, casi inevitablemente, los adultos parecían incapaces de encontrarle otro significado que el simple hedonismo o el abierto mal gusto.

Pero además de eso, o quizá a consecuencia de eso, se estaba empezando a producir un cisma en la izquierda. Tradicionalmente, al menos en Europa, la izquierda se había considerado la representación natural del proletariado. El comunismo francés y el italiano, el laborismo británico, los partidos de los trabajadores de Holanda y Bélgica, y hasta el Partido Comunista español, creían encarnar los intereses de los trabajadores industriales, aunque éstos no fueran necesariamente, en su mayoría, comunistas, o siquiera de izquierdas. Sin embargo, esos partidos, que fiaban su suerte electoral a la fidelidad de ese proletariado —no en España, naturalmente, donde el PC era clandestino y no había elecciones libres—, debieron hacer frente al principio del declive de los trabajadores industriales como clase y, por lo tanto, de los intereses tradicionalmente asociados a ella. Sin duda, los obreros urbanos de grandes fábricas seguían siendo claves para la izquierda oficial, pero cada vez se producían más nuevas versiones de la agenda progresista, singularmente en las universidades. Fuera por la fascinación por los

movimientos revolucionarios del Tercer Mundo, o por la relectura un poco excéntrica de los escritos de Marx y el psicoanálisis, muchos jóvenes universitarios —algunos de ellos, naturalmente, de extracción obrera, pero muchos más de clase media con una idea sólo literaria de la precariedad de los trabajadores— empezaron a olvidarse de las reivindicaciones posibilistas de la tradición socialdemócrata o hasta la comunista occidental y, llevados por complejas elaboraciones teóricas que no podía comprender ningún peón, a exigir más libertad. Algunos, sin duda, querían sólo eso; otros, como se temía Pompidou, querían acabar con los fundamentos de la civilización occidental, fuera para arrastrarla a modelos revolucionarios como el cubano o el chino, o para abocarla a un comunitarismo maximalista y no violento. Tras las algaradas del mayo parisiense, Georges Marchais, líder del Partido Comunista Francés, les llamó, simplemente, *filis à papa*, hijos de papá. Su partido sostuvo que aquello no era ni mucho menos una revolución, sino una simple fiesta.

Sin embargo, no en todos los países pudo decirse que aquello hubiera sido una fiesta. En 1968, ETA cometió su primer asesinato reconocido, el del guardia civil José Ángel Pardiñes Acay, y poco después asesinó al policía vasco Melitón Manzanas. En 1969, en Italia apareció Lotta Continua, un grupo surgido de las manifestaciones estudiantiles y obreras del año anterior y de carácter marxista-leninista que en 1972 asesinó al comisario de policía de Milán Luigi Calabresi. En 1967, en Alemania la policía mató al estudiante Benno Ohnesorg durante una manifestación celebrada en Berlín contra el sha de Irán, se produjeron varias muertes en los incidentes de las semanas siguientes y grupos cada vez más extremistas, muchos de

ellos maoístas, recibieron financiación del Bloque Comunista para cometer actos revolucionarios; a partir de 1970, la Fracción del Ejército Rojo —conocida como Baader Meinhof por los apellidos de dos de sus líderes— asaltaría bancos para comprar armas y atacaría instalaciones militares y medios de comunicación.

«Los sesenta acabaron mal en todas partes —afirma Tony Judt—. El cierre del largo ciclo de crecimiento y prosperidad de la posguerra dispuso la retórica y los proyectos de la nueva izquierda; el énfasis optimista en la alienación postindustrial y la despersonalización de la vida moderna pronto se vería desplazado por una renovada atención hacia los empleos y salarios.»⁶ Por lo demás, los logros reformistas fueron pocos: se extendió la reducción de la edad mínima para el voto a los dieciocho años y las universidades trataron de asumir algunas de las reclamaciones estudiantiles, pero no mucho más, por el momento. Los logros políticos de los años sesenta llegarían más tarde, y lo harían casi siempre por medios inesperados.